

VOLTAJE  
TXEMA MARTÍN

## Hemos venido a emborracharnos

La feria no puede concebirse sin Cartojal, hay que ser muy torpe para no haberse dado cuenta



La expectación por la feria está latiendo en el ambiente municipal, también dentro de buena parte de nosotros y ese latido idealmente se estará escuchando lejos porque la de Málaga, por si no se han enterado, ya adquiere el eslogan de la mejor feria del continente, del sur de Europa, y de toda ella.

La concejala de Fiestas ha confirmado que no prohibirán la venta del alcohol una vez terminado el horario de la feria de día. Se ha esquivado la ley seca en los ultramarinos. Me gusta mucho esa palabra, ultramarinos, que implica lo que viene de más allá del mar, y me gustan las tiendas en las que se puede encontrar casi de todo. Nuestra concejala de Fiestas ha declarado que no se puede prohibir vender alcohol a partir de las seis de la tarde porque no tendría encaje legal. No sabemos si la propuesta de ley seca era un sentir inánime en el consistorio; la concejala de Fiestas se autoinmolara si pretendiera prohibir el alcohol, atendiendo a un supuesto deseo de dejar la cerveza, el vino y los espirituosos a los que han sobrevivido a la feria, gente que en realidad es casi toda la que va a la feria porque ya me dirán qué gracia tiene salir de casa a mediodía con los rigores de agosto y tener que batirse en retirada a las seis de la tarde, la nueva hora torera malagueña, el momento de la supuesta muerte cuando uno de lo que verdad tiene ganas es de ir a un sitio protegido del sol y de la ausencia de compañía y continuar la fiesta, que para eso se ha salido de casa, en unas condiciones que por cierto resultan muy sacrificadas. Las últimas veces que he ido a la feria del Centro he llegado pasadas las cinco de la tarde, y me lo he pasado más o menos bien, convencido de que estaba en la feria de día, pero sin estar en ella, bailando sobre su fin, en ese instante inexacto en el que todas las identidades se resisten a la desaparición.

La feria de Málaga no puede concebirse sin Cartojal, esa es su gasolina, y hay que ser muy torpe para no haberse dado cuenta. Hay una propuesta que invita a ir al Real cuando acaba la feria del Centro: coger el autobús, el taxi o derivados, desplazarse a un seccarral y dejar que la naturaleza haga su trabajo, aplastados bajo el contundente manto de la borra-chera o, lo que sería peor, la resaca. Legalmente no se puede hacer. Esto es algo que podía intuirse. Varios advirtieron de su complejidad. Como puede intuirse otra complejidad que es una feria sin botellón ni desenfreno cuando uno parte a un lugar indeterminado, de día o de noche, al que se llega precisamente a eso.



LA TRIBUNA

## Tiempos de defensa

FRANCISCO J. CARRILLO

Académico Correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Se puede decir que la humanidad entró en un nuevo ciclo, un cambio de era, cuyo fundamento es el ritmo frenético de la velocidad exponencial de las comunicaciones, diseño en marcha realizado por algunas personas que pilotan las investigaciones aplicadas de alta tecnología con apoyo estratégico de los grandes grupos financieros y de los llamados fondos soberanos. Puede imaginarse al planeta envuelto en una red de redes interactivas, cada vez más complejas, que imponen una dinámica diabólica que, como aquellas arpias de Ulises, devora a los ciudadanos que no han taponado sus oídos mentales para evitar dejarse atraer por los nuevos cantos de sirenas del metaverso, del 10G y de la inteligencia artificial. Sospecho que el cerebro de miles de millones de seres humanos está sometido a una presión infinitesimal que le fuerza a saltar etapas de lo que podríamos llamar 'evolución natural'. Al no participar el ciudadano en ese motor infernal del diseño del futuro que ya es presente, sólo le queda la opción de adherirse seducido por las imágenes que relatan el proceso de las altas tecnologías aplicadas o convertirse en eremitaño. Poblaciones enteras quedan atrapadas en una inmensa tela de araña desprovistas del mínimo aparato crítico en una operación que le es ajena desde su planeamiento inicial. El choque entre cerebro y ritmo exponencial de las altas tecnologías, sin el colchón amortiguador de referencias históricas, filosóficas y humanísticas, conduce inevitablemente, a nivel global, a una esquizofrenia no manifiesta y a unas disrupciones en las personas que pueden ir generando paulatinamente una violencia simbólica, caldo de cultivo de la violencia real. De ahí que se pueda llegar a afirmar que, ante tal situación evolutiva, estemos en tiempo de defensa.

El mundo cambió desde que un grupo de países logró dotarse de la bomba atómica, fruto de una investigación conjugada entre ciencia y alta tecnología y símbolo de poder total que puede destruir al propio mundo. El desarrollo de las altas tecnologías aplicadas lo vimos, de forma experimental en escenario real, en la guerra del Golfo y, ahora, en la de Ucrania con un agresor (nuclear) que es la Federación Rusa.

En este itinerario, sin duda terrorífico, se está dañando seriamente, contra natura, al planeta Tierra, con las grandes urbes industrializadas y contaminantes. El proceso, también exponencial a nivel mundial, de la implantación de las megalópolis con el éxodo masivo del campo a la ciudad origina nuevos paradigmas de violencia por desigualdad y por inadaptación. Los ciudadanos necesitan leyes que indiquen los límites del comportamiento en sociedad. Y vigilancia institucional para que las leyes se cumplan. ¿Bastaría una labor de policía como en las urbes romanas para garantizar la convivencia? Hay estudios de prospectiva estratégica en los que se afirma que la paz en las grandes ciudades se protegerá, se defenderá, con un nuevo tipo de Fuerzas Armadas y de Seguridad, ante la inviabilidad que así lo sea por las tradicionales policías urbanas y nacionales. Me consta que el Estado Mayor español de las FAS trabaja en estos escenarios de futuro, como referencia a la cocina interna. A nivel internacional, a la vista de las recientes guerras (Balcanes, Irak, Siria, Yemen, Ucrania... y las híbridas del terrorismo ya urbanizado), la defensa tradicional del territorio, en este mundo interconectado, no podría ser exclusivamente nacional. Las alianzas político-militares están surgiendo en todos los continentes, con la mirada puesta en los ejércitos depositarios de armamento

nuclear y en el rearme nacional.

¿Por qué esta alta tensión que es una amenaza a los diversos sistemas democráticos y de convivencia? La mayoría de la población mundial desconoce las raíces de este marco de referencia por falta de información veraz y de educación de base. Los grandes programas de producción de altas tecnología aplicadas y de las industrias de armamentos son decididos y aplicados por un reducido número de 'brain trust' que deciden que el pensamiento crítico e incluso el ejercicio de la democracia queden en la bruma espesa de las medias verdades y de las medias mentiras de las redes sociales y de los devaluados comunicados de prensa, o de los secretos industriales en este espinoso campo de minas. Queda, pues, como salida realista, optar por el desarrollo de la defensa, de los servicios de inteligencia y de la seguridad como única vía, por el momento, de apuntalar cada día los espacios de paz. Este objetivo sería inalcanzable sin un perfil ciudadano respetuoso de la dignidad de los otros. Esta es la piedra angular. En la Edad Media se decía que la ciudad hacía libres a sus habitantes ya que significaba el tránsito de la esclavitud feudal en los campos a la libertad marginal de la pobreza en la urbe. Siglos después se sigue repitiendo esta realidad, con la salvedad de los países con escolarización universal que, en muchos casos, no lleva a un empleo socialmente útil. La educación no es solamente piedra angular, sino cimiento para saber de dónde venimos, en dónde estamos y hacia dónde vamos. Si el proceso educativo suprime los antecedentes de nuestro propio itinerario colectivo, difícilmente se podrá comprender por qué estamos en tiempo de defensa de principios y de valores universales que eviten la violencia y que fomenten la convivencia.

MANUEL VILAS

## El pasaporte



Debo de ser de los muy pocos, de los poquíssimos, que cuando viaja a Francia, Italia, Portugal, Alemania, o Grecia, no mete en la maleta el pasaporte. Todos sabemos que para viajar a París o a Roma un español solo precisa de su DNI. Lo mismo un parisino o un romano que viaje a Madrid. Pero en las colas de embarque de los aeropuertos todos los turistas llevan el pasaporte en la mano y no su DNI. Para mí esto es la prueba irrefutable, la prueba del algodón, de que nadie se cree demasiado el sueño europeo. Si viajas de Cádiz a Salamanca, o de Burgos a Murcia, o de Barcelona a Tenerife, a nadie se le ocurre meter en la maleta el pasaporte. Llevo viendo el uso del pasaporte para viajar al país de al lado años y años. Lo dicen todas las autoridades: no es necesario el

pasaporte, pero los franceses, los españoles, los portugueses, los italianos, los alemanes no se lo creen. Nadie se lo cree. Te sientes desnudo sin tu pasaporte.

La política falló, y con ella esa ambigüedad europeísta que va e irá en aumento. Yo intento hacer pedagogía. Y cuando estoy en la cola de embarque pronuncio un pequeño discurso: «Eh, amados compatriotas, amados europeos, hijos todos de Cervantes, Beethoven y Platón, hijos del sueño de la igualdad y del progreso, no necesitáis el pasaporte, basta con el carnet de identidad, como cuando sacáis dinero del banco, porque somos todos europeos y europeas».

Pero nadie me hace caso. Enseguida viene alguien de seguridad y me reprende, y me dice «cállate, hombre, no ve que está molestando». No se fían de que Eu-

ropa sea una verdad política. Y siguen agarrados a su pasaporte. Y con qué fuerza lo agarran. Intenta robarles el pasaporte y tendrás que arrancarles el brazo. Y ahora los ingleses están felicisimos de que el pasaporte vuelva a ser lo que era: el gran documento de la ciudadanía, aunque luego eso te obligue a hacer colas interminables, pues al menos los ciudadanos de la Unión Europea no hacen tantas colas cuando viajan por Europa.

La de cosas que simboliza un buen pasaporte. Y fíjate que no tienen mucha presencia. Por ejemplo, deberían de ser más grandes y más vistosos. Menos microchips y más adornos. Pero al final, después de enseñar el pasaporte, entras en el avión y allí te das cuenta de que todos somos iguales, pues la 'economy class' de las aerolíneas, ay, Iberia mía, conciben al viajero como un cuerpo sin piernas y sin brazos. Allí sí que da igual tu pasaporte, allí te emplastan en un asiento infumable, y te das cuenta de que no eres un ser humano sino una sardina en lata.